

La institución argentina

Por Cristián Varela

Cristián Varela. Doctor en Educación Universidad Nacional de Tres de Febrero, Universidad Nacional de Lanús, Argentina. Licenciado en Psicología Universidad Nacional de Buenos Aires, Argentina. Profesor de Psicología Institucional e investigador en las universidades de Buenos Aires y Lanús. Profesor e investigador invitado en las universidades de París VIII y Limoges, Francia.

Una primera versión de este texto fue publicada como “Organización formal e institución invisible”, *Analyses*, 33, Université de Paris VIII, 1997.

Enigma

Cuando Sarmiento escribe el *Facundo* lo hace con la intención de construir una respuesta para lo que considera el “enigma de la organización política argentina”. En un párrafo de particular interés para la teoría de la institución explica el problema mediante el auxilio de la dialéctica: “cuando un pueblo entra en revolución –dice–, dos intereses opuestos luchan en principio: el revolucionario y el conservador...”. Identifica a estas dos fuerzas presentes en el origen de la República con los bandos realista, por un lado, y patriota por el otro. Considera luego que “natural es que después del triunfo el partido vencedor se subdivida en facciones de moderados y exaltados; los unos que querrían llevar la revolución en todas sus consecuencias; los otros que querrían mantenerla en ciertos límites” (58) *-1-*. En el caso argentino, la forma que adquiere esta segunda contradicción se corresponde con la división entre las posiciones que encabezan Saavedra y Moreno respectivamente, el primero liderando las fuerzas que tienden a una institucionalización más o menos inmediata, el segundo representando aquellas que resisten caer en el molde de una forma instituida.

Estas alternativas se corresponden con la distinción entre los modos de acción *institucional* y *contra institucional*, respectivamente *-2-*. La acción institucional se define por su tendencia a la estasis, la cual se intenta lograr mediante la materialización de una forma organizada que se quiere permanente. En este sentido, el propósito de la acción institucional es dar por finalizado el movimiento revolucionario para pasar a la constitución de una nueva legalidad (“ciertos límites”). Por oposición, la acción contra institucional pretende la continuación del movimiento, prolongando la crítica del antiguo orden e impidiendo que la historia se detenga. Si la anterior acción, la institucional, tiende al retorno de lo instituido bajo la forma de una nueva institución, la acción contra institucional significa la prolongación del momento instituyente. Por esta razón no debe entenderse al término *contra* como una negación lisa y llana de la institución en tanto forma de sociabilidad. Significa sí la resistencia a abandonar la situación de experimentación social que suponen los momentos de crisis y cambio. Con el término *contra institución*, la corriente del Análisis Institucional busca denominar aquellas formas de organización que suponen en sí mismas una crítica en acto, precisamente a las formas de organización vigentes; como por ejemplo los

clubes que tuvieron lugar durante la revolución Francesa. Indexado al movimiento contracultural norteamericano de fines de nuestros años 60 (siglo XX), así como al “mayo francés” de la misma época, el término *contra institución* se carga de connotaciones opositivas que lo desvían de su sentido propositivo. Resulta mejor denominar a este aspecto del proceso institucional con el nombre de *acción instituyente*, pues es esto lo que viene a significar.

Una tercera entidad

Hasta este punto del análisis que hace Sarmiento con la identificación de la dimensión de lo instituido, de la acción instituyente y de la acción institucional, las cosas parecieran seguir el curso de un devenir conocido según una lectura hegeliana de la historia. Tras abundar sobre las posibilidades que plantea la dialéctica de las revoluciones, Sarmiento pasa a descubrir lo que a su entender es la particularidad del caso argentino. El hecho insospechado lo constituye el surgimiento de una fuerza distinta que “se desprende de inmediato, forma una tercera entidad, se muestra indiferentemente hostil a unos y a otros combatientes...”; continúa explicando que “esta fuerza que se separa es heterogénea, la sociedad que la encierra no ha conocido hasta ahora su existencia y la revolución ha servido para que se muestre y se desenvuelva” (58). Ya no se trata de la oposición entre fuerzas antagónicas, del posterior triunfo de una de las partes y su consecuente subdivisión en un nuevo juego de oposiciones. Ese hubiera sido el devenir natural (dialéctico) de la historia. El problema para Sarmiento lo constituye aquello que según Castoriadis “irrumpe y se pone al trabajo con las manos desnudas en los momentos de revolución” -3-. Se trata de la emergencia de lo desconocido, de lo inesperado y a la vez indeseado, que viene a estropear la escena. ¿Cuál es su naturaleza?

En 1845 Sarmiento vive en el exilio en Chile. Cinco años atrás cruzó la cordillera vía al destierro. En la Argentina, tras treinta y cinco años de vida política independiente, continúan las luchas por la organización nacional. Rosas gobierna Buenos Aires con mano dura y Sarmiento lo ataca desde su trinchera en la prensa transandina donde escribe regularmente. Ese año, el diario *El Progreso* publica en tiradas periódicas la primer aparición de *Civilización y Barbarie - vida de Juan Facundo Quiroga*. Ya se sabe que no se trata de una biografía: “¡Sombra terrible de Facundo, voy a evocarte, para que sacudiendo el ensangrentado polvo que cubre tus cenizas, te levantes a explicarnos la vida secreta y las convulsiones internas que desangran las entrañas de un noble pueblo!”. Desde la teatral apertura con la que se inicia la Introducción del texto, queda explícito que el *Facundo* no es la biografía del caudillo montonero sino una sombra convocada, una imagen construida por Sarmiento para atacar a Rosas. La intención que mueve su pluma es la de explicar y dar cuenta ante el mundo civilizado –Europa, Francia– la naturaleza de esa extraña fuerza heterogénea, “exceso de vida” que se ha apoderado del país, con lo cual espera sumar consenso internacional contra el régimen (57).

Sarmiento no oculta sus implicaciones, las expone en exergo: al conocido comienzo del libro lo precede una cita de Villemain donde se reclama el compromiso del historiador cuya “justicia imparcial no debe ser impasible”.

A esta exposición de la implicación ideológica el autor agrega el enunciado de su implicación política: en carta dirigida a Valentín Alsina y agregada a la segunda edición, explica que escribió la obra con “propósitos de acción inmediata y militante” (16). *Facundo* entonces no es Facundo sino Juan Manuel de Rosas y, por detrás de éste, es la condensación de la barbarie nativa que a su entender impide la realización de la idea republicana -4-. En la lógica de Sarmiento, en el caudillo se condensa el carácter del pueblo que lo sigue, Quiroga (Rosas) es expresión fiel de la manera de

ser de un pueblo, de sus “instintos” -5-. A su vez, el carácter de ese pueblo está sobredeterminado por el medio en que vive y por los medios con que vive. Con esta lógica se organiza la estructura del libro, de modo que para responder sobre la naturaleza social de esa fuerza extraña que se condensa en el caudillo, hay que conocer el medio en la que se gesta: el campo.

Fluido

Libros, trajes europeos, espíritu municipal, juzgados, talleres de arte, tiendas del comercio... Matemáticas, Idiomas Vivos, Derecho Público, Física, Dibujo, Música...; la silla inglesa, grandes empresas comerciales, magníficos templos y oradores de nota; las comodidades del lujo, la elegancia en los modales, el refinamiento de las costumbres, la vida civilizada y la poesía culta... "tanta civilización" –escribe Sarmiento– es la que encierran las ciudades (68). También hay escuelas y colegios, educación y progreso y bibliotecas particulares; hay compañías permanentes de actores, además de las semillas de la igualdad de clases junto al frac y la levita y el cultivo de las letras...; torres, cúpulas, la capa, el teatro... Educación moral y religiosa pero reformista, abogados, gente decente, médicos, literatos, priores y talentos diplomáticos. Sacerdotes pero ilustres, militares y generales pero serenos, letrados, clero secular, obispos aunque sabios así como deanes ilustrados y liberales. La *ciudad* –así la resalta Sarmiento– es el orden civil, la civilización. Y cita los elogios de la prensa londinense por aquellas ciudades argentinas “que manifiestan las mejores disposiciones para hacer progresos en la civilización (...) en la marcha de la reforma social (donde) se han adoptado varias de las nuevas instituciones” (67). Si la ciudad es las instituciones, por ellas se la conocerá; pues las hay conservadoras, monacales, ensimismadas y estacionarias como la docta Córdoba, cuyo habitante desdeña pasearse a lo largo de la cañada que fluye para preferir girar en torno del agua estanca de un lago artificial que concentra un cenador majestuoso pero inmóvil. Como Miller, Sarmiento ama lo que fluye, desde la cañada y la acequia hasta el río navegable y el libre cambio de ideas y mercancías. Por el contrario, las instituciones cordobesas son claustros medioevales y jesuíticos donde reina un espíritu “monacal y escolástico” que en la Universidad lleva a despreciar al utilitarista Bentham y preferir al vaticano cardenal de Luca. Esa Córdoba es la ciudad del orden instituido, del “quietismo secular de la España” -6-”.

Estanco

El campo es la contradicción de la ciudad. El campo inculto es el mal y en la Argentina ese mal es extenso, “el desierto la rodea por todas partes y se le insinúa en las entrañas” (19). El problema de nuestras ciudades -dice- es que tienen por límite natural al desierto, distinto sería si cultivaran sus alrededores para atenuar el soplo de barbarie que les llega de las pampas. Sarmiento remarca la costumbre del colono europeo que en otras latitudes rodea su cabaña de un jardín y circunda su pueblo de sembradíos. Por el contrario, el rancho argentino tiene la pampa por patio y a la ciudad la asedia el desierto. El desierto como límite es el problema del desierto de límites. Esta ausencia determina lo inconmensurable “donde no se sabe el punto en que el mundo acaba y principia el cielo”, y lo ilimitado como el río “sin ribera opuesta” donde se baña Buenos Aires (21, 105). Esta presencia de la ausencia es la madre de casi todos nuestros males, lo propio de la naturaleza argentina. Aunque habitado por hombres, ese campo está desierto de instituciones, en su defecto hay instinto y a él quedan abandonados quienes lo habitan. Las pocas instituciones que puedan haber traído de España o las ciudades, en este medio se corrompen, se degradan, desaparecen o se reducen a su mínima expresión. El desierto es refractario a la institución. Como consecuencia, la naturaleza argentina se vuelve naturaleza del argentino, el *medio* se hace *modo*. La naturaleza

trabaja al hombre y no el hombre a la naturaleza, como es el caso cuando hay Progreso. Así, el gaucho resulta más cercano al caballo que al caballero, más afecto a su montura que a su mujer. Si posee alguna organización o sociedad es para nada, carente de otro objetivo que no sea intercambiar noticias, destrezas y vituallas, siquiera mujeres.

Modo de acción no institucional

Sarmiento carga las tintas y dibuja un gaucho bárbaro en máximo contraste con la institución. Lo que se delinea con este gesto no representa sin embargo a la *contra institución*, no se trata de aquella instancia revolucionaria donde se intenta mantener la experiencia instituyente. Continuando con la diferenciación que plantea Lourau, se trata aquí de la *acción no institucional -7-*. Se trata, ahora sí, del rechazo a la prescripción de la ley, de la negación de la dimensión institucional como campo de posibilidad de lo social. Es el fuera de la ley, o la vida a sus orillas, pronta a resbalar hacia la otra orilla que no es. A esta acción no institucional, tercer modo de relación con la institución, Sarmiento la denomina “tercer entidad”, “fuerza heterogénea”, hostil a todo proyecto, pues el gaucho que él dibuja no acumula nada, salvo prestigio de gaucho. Su núcleo social son los almacenes de campo (*pulperías*), donde se juega, canta y bebe y se arriesga la vida sin sentido en competencias de cuchillos y caballos. De este círculo emerge el *gaucho malo*, que no es malo por maldad, sino por estar fuera de la ley por haber tenido la desgracia de matar. Pues el gaucho no mata, marca; ése es el signo de su poder. En su devenir podrá llegar a ser caudillo, no sin antes pasar por las funciones oficiales de juez y de comandante de campaña, títulos con los que la *ciudad* habrá intentado cooptarlo, pero que en definitiva resultan lo inverso: la *barbarización* de las instituciones de la civilidad.

La *estancia* es el otro tipo de organización que existe en el campo, es también la forma regresiva que va a adquirir la ciudad cuando la barbarie logre penetrarla. Estacionaria y encerrada en sí misma, se asemeja más a un feudo que a la factoría que Sarmiento quisiera. Quieta, estanca, conservadora, es al mismo tiempo el lugar de refugio para el gaucho malo. Las estancias se hallan diseminadas por toda la llanura, de modo que por falta de concentración “no tienen necesidades públicas que satisfacer: en una palabra, no hay *res pública*”; no hay República (31). Por oposición, el modo de gobierno consustancial con la llanura y el desierto es el despotismo (así “muchos filósofos lo han creído”) donde la autoridad de estilo “asiático” –según Sarmiento– se adquiere por prestigio, y el prestigio por destreza, sobre todo, en duelo de cuchillo (23, 54). Si contra este modo natural se alzare en el propio campo algún otro poder social, será “momentáneo, democrático; ni se hereda ni puede conservarse” por carecer de molde donde establecerse. Toda organización posible se diluye en ese mar sin navegar que es la pampa sin surcos, inculta. “Así pues –concluye– la civilización es del todo irrealizable, la barbarie es normal”. Sería necesario que “otro espíritu” habitara estas pampas (30, 21). A falta de ello, se impone una solución como la iniciada por Rivadavia: “vaciar de golpe la Europa en la América y realizar en diez años la obra que antes necesitaría el transcurso de siglos” (105). Con esta fórmula se origina la institucionalidad argentina. Sobre el vacío el vaciado.

El problema estriba en que ese vacío es vaciamiento de sentido, negación de lo existente, que Sarmiento opera restando institución al gaucho y categorizando lo criollo como bárbaro, como modo de acción *no institucional*. Luego homologa lo no institucional con el instituido previo, el quietismo español. Pues el orden hispánico es estanco como conservadora es la *estancia*, feudo del caudillo y refugio del Moreira. Cuando Sarmiento, figura clave en la organización nacional, plantea que no hay institución es porque hay la que no debiera haber. Sólo ve un país de diez ciudades que son focos de civilización aislados, amenazados y provisoriamente derrotados por la campaña, a la

que con su mirada barbariza. No puede, no quiere, reconocer otro tipo de organización que la *ciudad* europea. Vacía al país de cualquier otra institución e inicia el vaciado intempestivo de instituciones extrañas sobre todo el territorio. El enigma de la organización argentina, enigma que atraviesa el siglo que él ahorra, resulta del encuentro entre la institución europea (luego será norteamericana) con la institución negada, vuelta invisible para esos ojos. Encuentro que resulta desencuentro, enigma.

Notas

-1- Los números entre paréntesis indican la página correspondiente a las citas extraídas de la versión del Facundo que figura en las Obras Escogidas, T. II, ed. La Facultad, Bs. As., 1917.

-2- Lapassade, Georges y Lourau, René, Claves de la Sociología, Ed. Laia, Barcelona, 1977. Ver también R. Lourau, Libertad de Movimientos, Eudeba, Bs. As., 2001.

-3- Castoriadis, Cornelius, La institución imaginaria de la sociedad, Vol. I, Tusquets Ed., Barcelona, 1983, pág. 192.

-4- Un paso más allá, como lo expresa su amigo y “suegro”, Dalmacio Vélez Sarsfield, Facundo es el propio Sarmiento.

-5- Pág. 58 y otras. En forma constante Sarmiento se refiere a los “instintos” de los gauchos y caudillos por oposición a las instituciones de la ciudad.

-6- El cap. VII, Socialidad, lo dedica a comparar las ciudades de Córdoba y Buenos Aires; para más referencia de la valoración que hace de la ciudad, véase pág. 21 y ss., 39, 62-68, 92, 138, 155.

-7- En *Claves de la Sociología* (op. cit.) los autores se refieren a un modo de acción anti institucional, término que más tarde, en Libertad de movimientos, Lourau cambia por no institucional.